

WIEVIORKA, M. *FACE AU MAL. LE CONFLIT SANS LA VIOLENCE.* 160 PÁGS. PARÍS, 2018: TEXTUEL

Eguzki Urteaga¹

Universidad del País Vasco, España

Michel Wieviorka ha publicado su obra titulada *Face au mal. Le conflit sans la violence* (Frente al mal. El conflicto sin la violencia) en la editorial Textuel. Conviene recordar que este sociólogo galo, que es una de principales figuras de la sociología europea e internacional, es Director de Estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y, desde 2009, Administrador de la Fundación de la Casa de las Humanidades. Entre 1993 y 2009 fue director del Centro de Análisis y de Intervenciones Sociológicas y, entre 2006 y 2010, fue presidente de la Asociación Internacional de Sociología. Además de haber sido, junto con Georges Balandier, codirector de la revista *Cahiers Internationaux de Sociologie* entre 1991 y 2011, es director de la colección *Le monde comme il va* en la editorial Robert Laffont y es miembro del Comité de redacción de varias revistas científicas internacionales, tales como *Journal of Ethnic and Migration Studies*, *Ethnic and Racial Studies* o *French Politics, Culture and Society*.

A lo largo de su dilatada trayectoria académica e investigadora, íntimamente asociada a la figura y al pensamiento de Alain Touraine, se ha interesado por determinadas temáticas. Después de una primera fase en la que realizó una serie de investigaciones, junto con Alain Touraine y François Dubet, sobre el movimiento obrero (Touraine et al, 1984) y los nuevos movimientos sociales (Touraine et al, 1978; 1980; 1981), se centró en el análisis del terrorismo (Wieviorka y Wolton, 1987; Wieviorka, 1988), del racismo (Wieviorka, 1990; 1991; Wieviorka et al. 1992; 1993; 1994) y del antisemitismo (Wieviorka, 2005; 2008a; 2008b). Con el paso del tiempo, ha profundizado su reflexión sobre la diversidad cultural (Wieviorka et al, 2001; Wieviorka, 2003) y el multiculturalismo (Wieviorka et al., 1996). Todos estos trabajos se inscriben en el paradigma accionalista que se ha orientado progresivamente hacia una teoría de los procesos de subjetivación y desubjetivación.

En el prólogo del presente libro redactado por Régis Meyran, que es Doctor en Antropología por la EHESS, investigador asociado en el laboratorio LIRCES de la Universidad de Niza-Sophia Antipolis y director de la colección *Conversations pour demain* en la editorial Textuel, éste subraya que, con el auge del terrorismo, del racismo y del extremismo, “entre crisis y atonía, radicalización y resignación,

¹ Profesor del Departamento de Sociología y Trabajo Social. Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social. E-mail: eguzki.urteaga@ehu.eus



violencia y autoritarismo, el mal progresa en todo el mundo [e incluso en] Francia” (p.7). Por lo cual, se pregunta: “¿Cómo contemplar que semejantes tendencias [puedan acabarse]? ¿Cómo pensar el rechazo de una sociedad dormida, la resistencia ante el endurecimiento de las políticas públicas [y] la fragilización de [sectores] enteros de la población? ¿Cómo imaginar la reconstrucción de [la] sociedad civil y del sistema político?” (p.7).

A estas preguntas, Wieviorka da una respuesta original: “para deshacerse del mal, se necesitan más conflictos. No se trata de conflictos violentos sino de relaciones conflictivas institucionalizadas, es decir llevadas a cabo por grupos sociales, culturales y políticos (...) que debaten, negocian [y] se enfrentan democráticamente en el espacio público” (p.7). En ese sentido, el sociólogo galo rechaza cualquier “psicologización” simplificadora de los comportamientos individuales, así como los excesos del determinismo sociológico. A su entender, un comportamiento resulta “de relaciones, de interacciones, del juego cruzado de demandas variadas y de una oferta política” (p.8). Ello implica interesarse por “las trayectorias [individuales], con su parte de elección y de responsabilidad, así como [por las] coacciones y el azar” (p.8).

Además, el sociólogo galo considera que “los actores tienen generalmente cierta conciencia de su existencia y del sentido de sus conductas, pero (...) esta conciencia jamás es suficiente para permitirles aclarar [completamente] y directamente el sentido de sus conductas” (p.25). En algunos casos, “esta conciencia es fuerte y próxima al sentido que el sociólogo puede dar al acto del individuo y del grupo del que eventualmente se reclama” (p.25). En otros casos, sin embargo, “la distancia es grande porque existen unas lógicas de alienación, donde el sujeto es frágil [y] precario” (pp.25-26). En ambos casos, el autor confía en la capacidad de los individuos para comprender lo que son y lo que hacen. No en vano, esta capacidad tiene límites. De hecho, esta conciencia es “más o menos aguda según los casos [y] los momentos” (p.26). Así, la alienación, la subordinación y la heteronomía existen y constituyen unos obstáculos no desdeñables (p.26).

En ese sentido, Wieviorka estima indispensable profundizar la temática del sujeto, siempre y cuando se le añadan dos precisiones conceptuales: por una parte, introducir las dimensiones negativas del sujeto, es decir su capacidad de destrucción y de autodestrucción, así como su aptitud a negar al otro su derecho de ser sujeto; y, por otra parte, no esenciar el sujeto para situarlo en el centro de los procesos de subjetivación y desubjetivación (p.21).

En el primer capítulo, titulado “Terrorismo y mutaciones del sujeto”, el investigador francés indica que “el mal no es una categoría sociológica clásica”, aunque desee convertirlo en ella para no limitarse a una lectura puramente moral o religiosa (p.12). Para eso, es preciso “abordar ciertas manifestaciones del mal,

pensarlas y (...) conceptualizarlas” (p.12). En esta óptica, define el mal como la categoría a la cual pertenece el anti-sujeto, sabiendo que éste destruye el prójimo y se destruye a sí mismo (p.14). Rechaza, en cualquier circunstancia, “tratar el otro como un sujeto. Por consiguiente, niega la humanidad de otros seres humanos [y] practica (...) su deshumanización” (p.14). Wieviorka indica que no existe una sola modalidad del mal, “sino un gran número de expresiones” (p.15). Por ejemplo, la violencia tiene una serie de significados que van de la conducta patológica a la banalidad del mal (p.15). A su vez, en ciertos momentos históricos o en algunas experiencias sociales, solo se puede explicar la violencia por sí misma, al convertirse en su propio fin (p.18).

Wieviorka ha estudiado diferentes formas del mal, tales como el terrorismo. (p.32). Aun reconociendo la dificultad de conceptualizar el terrorismo, el autor considera que es preciso compaginar dos dimensiones: una instrumental y otra sinónima de pérdida de sentido. Por una parte, “el terrorismo es un modo de acción estratégico que tiene efectos (...) desproporcionados con respecto a su coste” (p.32). Por una parte, cuando la acción es artificial para aquellos que pretende representar, suele ser especialmente violenta (p.34). Al mismo tiempo, el terrorismo está relacionado con el advenimiento de la modernidad y del individualismo (p.46).

En el segundo capítulo, centrado en las transformaciones del racismo, el sociólogo francés constata que, en Francia, el racismo biológico ha predominado durante un largo periodo, “ejerciéndose todavía [contra] los inmigrantes provenientes de África del norte en los años 1950 y 1960: lo que prolonga el racismo colonial” (p.50). Ese racismo consideraba los árabes y los subsaharianos como “diferentes físicamente e (...) inferiores [intelectualmente]. La idea de una inferioridad natural justificaba (...) que se despreciaran, maltrataran y explotaran a los pueblos concernidos” (p.50). No en vano, tanto en Francia como en el resto del mundo, ese racismo biológico, de tinte colonial, se ha debilitado tras la descolonización, “con los movimientos tercermundistas y las luchas por los derechos cívicos en Estados Unidos” (p.50).

Pero, el racismo biológico no ha desaparecido, sino que ha evolucionado hacia formas más sofisticadas, “con el estudio del genoma” (p.51). Ese discurso está presente, especialmente en Estados Unidos. Así, “un libro publicado en los años noventa, [titulado] *The Bell Curve*, (...) pretendía justificar científicamente las desigualdades naturales apoyándose en unos datos estadísticos relativos a las diferencias de cociente intelectual entre Blancos y Negros” (p.52). Ese discurso está igualmente presente en la sociedad y en el debate político norteamericanos. De hecho, “en agosto de 2017, el presidente Donald Trump ha hecho gala de una gran tolerancia o de cierta comprensión hacia la extrema derecha supremacista



blanca que se reunía en Charlotteville, donde fue [asesinada] una joven mujer que manifestaba contra esa reunión” (p.52).

A su vez, el racismo toma nuevas formas como el racismo institucional, sistemático e indirecto. Obedece a “una lógica institucional, [independiente] de la conciencia de los actores, [que] construye o manifiesta el racismo” (p.56). Por ejemplo, una empresa industrial del municipio de Alès, que consta de varios cientos de trabajadores, estaba exclusivamente compuesta por asalariados autóctonos, a pesar de que cerca de un tercio de la población del municipio sea de origen extranjero (p.56). Gracias a una movilización del sindicato CFDT, la empresa ha tenido que modificar su estrategia de contratación para que su plantilla sea más representativa (p.56).

No en vano, actualmente predomina un nuevo racismo, que se fundamenta en las identidades culturales, puesto de manifiesto por Pierre-André Taguieff y Etienne Balibar. “Ese nuevo racismo, denominado igualmente ‘diferencialismo cultural’, se basa en la convicción según la cual el otro constituye una amenaza cultural, porque jamás podrá integrarse a la cultura ni aceptar los valores del grupo dominante. Conviene, por lo tanto, mantenerlo al margen” (p.57). Ese neoracismo, nos dice Wieviorka, rechaza el otro. Se trata de expulsarlo “para no dejarle alterar o amenazar la identidad de la nación” (p.57). Lo que justifica ese rechazo es “un conjunto de valores (...) fundamentalmente diferentes de aquellos del grupo mayoritario e incompatibles entre sí” (p.57). En esta visión, “la cultura está considerada como fijada y homogénea”, hasta convertirse en una “naturaleza” (p.57).

En realidad, ese neoracismo no es nuevo, ya que, desde el siglo XIX, se produce la conjugación “de un racismo de dominación, explotación, infravaloración, y de un racismo de diferenciación, rechazo, puesta a distancia” (p.58). La jerarquía social se basa en criterios físicos y biológicos, mientras que la diferencia social se apoya en criterios culturales o religiosos (p.58). Para el sociólogo galo, existe un vínculo entre el auge del racismo cultural y el deterioro de la situación socioeconómica (p.58). De hecho, en plena política de austeridad, la ciudadanía gala toma conciencia de que el Islam constituye la segunda religión de Francia. “La idea se instala entonces de que la amenaza [proviene de] una religión, el Islam” (p.59). Esto propicia el desarrollo de la islamofobia que se traduce por el auge del odio hacia los musulmanes (p.59). Además, el fortalecimiento del terrorismo islamista provoca una sospecha generalizada hacia la población proveniente de la inmigración magrebí (p.62).

Desde finales de los años sesenta, “la cuestión de las diferencias culturales es planteada públicamente, de manera más o menos [nítida], lo que cuestiona la idea republicana francesa” (p.63). Inicialmente, ese asunto se plantea en un contexto de crecimiento económico y de creación de empleo, y está marcado por los movimientos

nacionalistas vascos, bretones y occitanos que desean ver reconocida su especificidad cultural y lingüística (p.63). Estos movimientos indican la entrada en una época de auge de las identidades y de fragmentación cultural, asociada al desarrollo del individualismo (p.63). Hoy en día, en cambio, las cuestiones identitarias surgen en un contexto en el cual la vida social se ha transformado profundamente con el incremento del desempleo, de las desigualdades y el declive de la clase obrera.

Si para algunos, “evocar la cuestión cultural es una manera de [ocultar] la cuestión social” (p.65), es obvio reconocer que existen diferencias culturales y que la cuestión cultural goza de cierta autonomía con respecto a la cuestión social a la que no se reduce. A su vez, las culturas no están fijadas para siempre, sino que están en perpetuo movimiento” (p.65). Por lo cual, conviene interesarse por las “diferencias culturales, por la manera en la cual se transforman [y] acogen o rechazan a los demás, [ya que] estas diferencias culturales evolucionan, aparecen [o] desaparecen, se transforman, son producidas en contextos, en situaciones o en procesos sociales” (pp.66-67).

De la misma forma, el tema de las discriminaciones se ha impuesto a la agenda política, mientras que estaba poco presente en el debate público hasta los años noventa. Ese cambio resulta, en parte, de la presión ejercida por la Unión Europea a favor de una toma en consideración de ese reto y de la sensibilidad hacia esta cuestión del gobierno francés liderado por Lionel Jospin entre 1997 y 2002 (p.67). Este último ha impulsado la creación del Grupo de Estudios y de Lucha contra las Discriminaciones, prefigurando la de la HALDE (p.69).

Las discriminaciones se refieren a dieciocho casos diferentes, entre los cuales se encuentran la religión, la edad o el género (p.69). “Constituyen una de las dimensiones posibles del racismo”, tales como los prejuicios, los estereotipos o las segregaciones (p.69). El debate sobre las discriminaciones ha tomado cierta amplitud, “en el contexto de la crisis creciente e incluso del cuestionamiento del modelo republicano de integración” (p.70). Cuando ese modelo no funciona correctamente, es preciso aportar respuestas, entre las cuales se encuentra la lucha contra las discriminaciones (p.70). A ese respecto, Wieviorka estima necesario distinguir las discriminaciones sistemáticas e indirectas, a la imagen del racismo institucionalizado, y las discriminaciones directas e implícitas. Mientras que las primeras persisten, las segundas disminuyen (p.70). En ambos casos, “los debates sobre las discriminaciones dan lugar a polémicas e incluso a decisiones judiciales” cuestionables (p.71).

En cuanto al antisemitismo, “ha evolucionado mucho desde el final de la Segunda Guerra mundial, tanto en su contenido como en los [sectores] de la población [que lo fomentan]” (p.75). De hecho, entre las dos guerras mundiales, “los judíos galos se mostraban extremadamente conformes con el modelo republicano,



definiéndose como (...) ciudadanos franceses de confesión judía”, confesión que ejercían en la esfera doméstica (pp.75-76).

La situación empieza a cambiar en los años setenta como consecuencia de “la descolonización y la llegada a Francia de los judíos de África del norte que traen consigo su sensibilidad” (p.76). Además, “la guerra de los Seis Días hace que los judíos de entonces, anti-sionistas o simplemente indiferentes a la cuestión israelí, se sientan de repente concernidos” (p.76). En la opinión pública, la imagen de Israel es positiva, dado que es asociado a un pueblo valiente, trabajador y moderno que se proyecta en el futuro. El antisemitismo se convierte en un crimen y los judíos se hacen más visibles en el espacio público. Esa “edad de oro” para los judíos galos durará quince años (p.77).

A partir de finales de los años setenta, el clima se crispa con la aparición del negacionismo (p.77). “La idea de que Auschwitz es un invento de los judíos y que jamás ha habido un genocidio empieza a extenderse” (pp.77-78). En la década siguiente, la imagen de Israel se deteriora, “especialmente con la primera Intifada que comienza en 1987” (p.79). Simultáneamente, el antisemitismo se fortalece en la población francesa, sobre todo en la derecha y la extrema derecha, pero también, aunque sea en menor medida, en la izquierda y la extrema izquierda (p.79). A todo ello se añade, en la población inmigrante de origen magrebí, por una parte, la identificación de los judíos con Israel y de éste con la represión padecida por los palestinos; y, por otra parte, la identificación de estos inmigrantes con el Islam e incluso con el islamismo radical (p.79).

Con la globalización, el antisemitismo se mundializa y los judíos se convierten en el blanco de los movimientos yihadistas. “Un nuevo antisemitismo se desarrolla, que [autores] como Pierre-André Taguieff [y] Alain Finkielkraut” vinculan con un cierto izquierdismo. Hablan de “islamo-izquierdismo” para designar la unión ideológica “entre el islamismo radical y el izquierdismo” (p.80). Otros dos elementos asociados al antisemitismo aparecen. Por un lado, en la comunidad negra, se desarrolla la idea según la cual “los judíos habrían sido los organizadores de la esclavización de los negros, y, además, desearían tener el monopolio del sufrimiento histórico, lo que los conduciría a negar o a minusvalorar la trata negrera” (pp.80-81). Por otro lado, “una parte de la juventud que vive en la cultura interactiva de Internet y la expresión de opiniones sin límites, estima que los judíos (...) tendrían el derecho de obtener que se prohíba la palabra a los que les critican” (p.81).

Durante un largo periodo, que coincide con la posguerra, el antisemitismo galo se basaba en prejuicios y rumores, pero no se traducían generalmente en discriminaciones ni en segregaciones. “Ese antisemitismo francés seguía estando vinculado con la esfera simbólica y el imaginario” (p.81). Pero, ciertos acontecimientos posteriores han dado paso a un antisemitismo asesino. Se trata

de crímenes crapulosos de carácter antisemita así como de la violencia islamista dirigida contra la población judía. En ese contexto, “los judíos [experimentan] un sentimiento de inseguridad máxima, puesto que el antisemitismo no es solamente verbal sino que se convierte [igualmente] en físico” (p.82). Para algunos judíos se impone la idea según la cual sería difícil vivir en Francia, lo que les conduce a emprender el viaje hacia otros países y, especialmente, hacia Israel (p.82).

En el tercer capítulo, dedicado al conflicto como alternativa a la violencia, Wieviorka constata que el uso de la violencia está estigmatizado en las democracias, a diferencia de los años setenta donde gozaba de cierta legitimidad, por ejemplo, en el mundo intelectual (p.84). “El propio Sartre explicaba a los dirigentes maoístas, en su libro *On a raison de se révolter*, que la violencia social era legítima” (p.84). Un cambio sustancial se produce a finales de esa década (p.85). Los críticos con el uso de la violencia son, por una parte, “los ‘nuevos filósofos’ que han situado el marxismo, el comunismo y la revolución del lado del mal [y] de la barbarie”; y, por otra parte, “François Furet que ha desposeído la historiografía marxista de su hegemonía sobre el análisis de la Revolución francesa y ha convertido el Terror en una suerte de momento de violencia extrema que prefigura el totalitarismo” (p.85). Hoy en día, tanto la revolución como el terrorismo están asociados al mal y prácticamente nadie en las democracias asentadas intenta justificar y dar sentido a semejantes prácticas (p.85).

Según Wieviorka, el cambio se inicia en 1973 con el primer choque petrolífero y el final de los “Treinta Gloriosos” (Fourastié, 1979). “Se inscribe en un conjunto de [cambios] geopolíticos planetarios, al tiempo que [se sitúa] en una historia específicamente francesa. El país inicia su salida de la sociedad industrial, el movimiento obrero declina, las ideologías y las utopías que lo ha acompañado [se debilitan]. La inmigración cambia de naturaleza en el mismo momento, con el cierre de las fronteras y la agrupación familiar, y es cuándo el desempleo duradero se perfila” (p.86). En esa época de cambios estructurales, “las violencias que habían permanecido confinadas en el seno de las instituciones (...) o que estaban mantenidas en la esfera privada, [surgen públicamente]” (p.87).

El caso más llamativo es el de las mujeres (p.87). De hecho, “hasta los años setenta, una mujer violada no era escuchada y, si decidía desplazarse a una comisaría de policía para denunciar [los hechos] o pedir protección, padecía [la] denegación [y el] cuestionamiento de lo que había padecido o se le acusaba de haberlo provocado” (p.87). Pero, en la continuidad del Mayo de 68, “el auge de los movimientos feministas ha contribuido a hacer públicas y a criminalizar unas violencias [permanecidas] hasta entonces privadas [e impunes]” (p.87). Hoy en día, “todas las (...) formas de violencia están en principio proscritas”, incluida la violencia machista (p.88).



Además, para el sociólogo galo, es difícil determinar si la violencia ha aumentado o disminuido, básicamente por dos razones. Por un lado, “la violencia puede expresarse de diferentes maneras” (p.88) y el debate se ha centrado en el sentimiento de inseguridad que oponía una izquierda que lo consideraba excesivo y una derecha que afirmaba lo contrario. Con la introducción de las incivildades o “pequeñas violencias” en el debate, las posturas se han aproximado (pp.88-89). Por otro lado, Wieviorka estima que “una definición objetiva de la violencia es imposible, mientras que una definición que sería puramente subjetiva es inaceptable. (...) Por lo tanto, solo queda realizar un esfuerzo permanente para circular entre una perspectiva objetiva [y] cuantificable, y una definición más subjetiva, que se basa en el análisis de las representaciones imaginarias, los rumores, los estereotipos, los prejuicios [y] los temores” (p.89).

En cuanto a la violencia vigente en el mundo laboral o en sus márgenes, está vinculada al declive del mundo obrero. Esta violencia es lo contrario de un conflicto institucionalizado (p.90). En efecto, “hoy en día, en el seno de la [central] CGT, proliferan unas tendencias que [conducen] a la radicalización” (p.91). Además, al margen de las manifestaciones, abundan los activistas violentos que no provienen del sindicalismo ni tampoco del mundo del trabajo: los anticapitalistas y los antisistema, por un lado, y los violentos para los cuales la violencia se ha convertido en su propio fin, por otro lado (p.91). A su vez, existe en la juventud gala una franja enfadada y preocupada por la situación socioeconómica actual, para la cual la única salida a su rabia “es una violencia desenfrenada que se dirige al Estado y (...) a las fuerzas de seguridad” (p.91).

No en vano, la desobjetivación del mundo laboral no es nueva y la conflictividad no ha desaparecido de las empresas. De hecho, “en las empresas, los servicios de personal, convertidos en direcciones de recursos humanos, [se han transformado] en un actor clave del diálogo [social] y (...) los sindicatos (...) no han desaparecido”, puesto que Francia ha pasado de una tasa de sindicalización del 8% hace una década a una tasa del 11% actualmente (p.93). Bien es cierto que la movilización se hace de manera diferente, “en la calle, bajo formas políticas, en el Parlamento, en las negociaciones con el poder estatal y la patronal, en las presiones sobre los ministerios” (p.93). Los movimientos como “Occupy Wall Street en Estados Unidos, los indignados del 15-M en España o Nuit Debout [en el Hexágono], inventan nuevas modalidades de discusión y pueden ser prolongados políticamente” (p.93). Por ejemplo, Podemos en España surge de los indignados, antes de autonomizarse (p.93).

Todo ello se produce en un contexto marcado por la descomposición de los sistemas políticos en los países occidentales. “Esto provoca toda una serie de nuevos fenómenos, [tales como la] histerización del discurso político que [contribuye] a la

liberación de la violencia, a partir del momento en que las cuestiones sociales no se benefician de un tratamiento político satisfactorio” (p.96). En ese sentido, cuando el movimiento obrero declina y que desaparece el conflicto institucionalizado entre trabajadores y jefes, que daba su coherencia a la sociedad francesa, el espacio de la violencia se amplía. Sucede lo mismo a escala internacional, dado que, “una de las fuentes más importantes del terrorismo de Daesh [y] del islamismo radical es el final de la Guerra Fría” (p.97). Mientras el planeta estaba estructurado por la oposición entre dos superpotencias, “la violencia estaba de cierta forma contenida” (p.97).

Actualmente, bajo el argumento de luchar contra el terrorismo islamista, ciertos Estados adoptan medidas antidemocráticas. “El Estado parece debilitar la democracia, cuestionar la separación de poderes, reducir [la autonomía] de los jueces”, en nombre de la defensa de la democracia (pp.99-100). En el caso francés, donde el Estado ha utilizado el “estado de emergencia”, antes de incorporar ciertas de sus medidas en la legislación ordinaria, para luchar contra el yihadismo, llama la atención “el cierre del debate [y] la aceptación social de los proyectos del gobierno en la materia” (p.100). Así, la ley que “refuerza la seguridad interior y la lucha contra el terrorismo” ha sido aprobada el 30 de octubre de 2017 (p.100).

Y, contrariamente a lo que pensaba Norbert Elias, la multiplicación de los atentados islamistas no parece indicar “una evolución lineal hacia la civilización, puesto que la decivilización es siempre posible” (p.102). Esto no impide constatar, como lo hace Jean-Claude Chesnais (1981), que, a largo plazo, “la sociedad está, en su conjunto, menos afectada por [los] homicidios” (p.102). Para el autor, la cuestión pertinente no consiste en preguntarse si hay actualmente más violencia que en el pasado, en primer lugar, porque la situación puede evolucionar muy rápidamente, y, en segundo lugar, “porque los datos estadísticos pueden variar por razones coyunturales” (p.102). En cualquier caso, frente a episodios violentos, es imprescindible, según Wieviorka, pasar por la justicia, incluso internacional, ya que, a pesar de las dificultades, la idea de los derechos humanos universales hace su camino.

En materia de violencia simbólica, el sociólogo galo recuerda que ese concepto tiene dos acepciones. La primera, desarrollada por Pierre Bourdieu, alude a la dominación padecida por ciertos actores que los conduce a interiorizar las categorías del dominante. En ese caso, la violencia hace referencia únicamente a “una forma extrema de dominación que priva las personas de cualquier capacidad de acción” (p.104). La segunda alude a cualquier forma de violencia que no es física: “unas violencias que cuestionan, para una persona o un grupo, su integridad moral o intelectual” (p.105). No obstante, todas las violencias, que sean físicas o simbólicas, tienen un punto en común: “podrían ser evitadas o minimizadas si las (...) demandas se hubiesen beneficiado de un tratamiento político, si hubieran



sido objeto de negociaciones, si hubiesen dejado de ser del orden de la ruptura [y] del imposible debate, para convertirse (...) en conflictos institucionalizados. El problema no es la existencia de un conflicto, sino que éste se convierta en violento” (p.106). La visión de una sociedad sin divisiones no se ajusta a la realidad. Según el autor, “debemos aprender a enfrentarnos a lo que nos opone y nos separa, sin por ello caer en el uso de la fuerza y de la violencia” (p.106).

En el cuarto capítulo, que aborda las nuevas formas de conflictividad, Wieviorka habla de mutación y no se crisis para designar un cambio estructural y una imposibilidad de volver a una situación anterior (p.108). La mutación, que no oculta las tensiones, dificultades y violencias existentes, indica que, “en esa transformación, todo no es negro, oscuro [y] preocupante” (p.109). La idea de crisis, al contrario, sugiere que, “superando las dificultades y disfuncionamientos del momento, podríamos encontrar de nuevo un estado anterior del sistema” (p.108).

Ante la confusión y la aparente inseguridad de los movimientos sociales a la hora de estructurarse, perdurar e influir en la acción pública, es preciso “conjugar la historia y la sociología para tomar la medida de estos fenómenos” (p.111). En el caso del mundo obrero, durante ochenta años no se percibió con claridad a donde llevaban las tensiones y las dificultades de ese mundo, “hasta el punto de dar la impresión de que se [trataba], con el proletariado industrial, de ‘clases peligrosas’. El movimiento social que se prepara [entonces] no es legible” (p.113).

Según Wieviorka, sucede algo similar con Nuit Debout en Francia que anuncia “los futuros grandes conflictos a escala planetaria”, sin ocultar por ello su fragilidad, debilidad y heteronomía, dado que “actores muy diversos dan un sentido diferente a estas acciones” (p.113). De hecho, más allá de la diversidad de los actores implicados y de la falta de un centro de gravedad claro, ese movimiento ha puesto de manifiesto cuestiones clave como la democracia participativa y la articulación de la vida política en torno a las demandas provenientes de abajo. “Los temas del respeto, de la dignidad [y] de la pertenencia a una conflictividad planetaria [están] igualmente presentes” (p.114).

Los nuevos movimientos sociales “permiten poner de manifiesto la ‘cosmopolitización’ de los modos de pensamiento (...): es decir que, esté donde esté tal o cual grupo, e incluso si el tipo de acción que desea llevar a cabo es extremadamente localizado y limitado, (...) es susceptible de poseer una dimensión global” (p.117). Según el autor, “estas luchas globales, sin fronteras y [a la vez] locales, son la gran novedad de nuestra época” (p.118). Constituyen la cuarta oleada de los nuevos movimientos sociales. Primero fue el movimiento estudiantil de Mayo del 68, luego fueron los movimientos antimilitaristas, pacifistas, feministas o ecologistas de los años setenta, antes de dar lugar al movimiento alter-mundialista de los años noventa (p.118).

Hoy en día, “la sociedad genera nuevos conflictos que están en vía de institucionalización y que podrían quizás frenar el mal. [Es cuestión de] contenerlo [o] contrarrestarlo, proponer o imponer nuevos derechos, inventar un mundo más abierto y más creativo” (p.118). Si estos nuevos conflictos se institucionalizan y si se benefician de un tratamiento político, se alejarán de la violencia (pp.118-119). En ese sentido, es imprescindible proceder al tratamiento político de las “expectativas difusas”, y, si no existe un mínimo de canales institucionales que permitan tratar estas cuestiones, el riesgo de violencia es mayúsculo. “El drama actual es que nuestro sistema político, envejecido, es inadecuado para afrontar semejantes problemas” (p.119).

No se trata de una problemática específicamente gala, dado que “el declive de los partidos clásicos afecta a toda Europa, [lo que provoca] una gran inestabilidad política (...) que nutre el declive del sistema clásico” (p.122). En España, por ejemplo, dos nuevos partidos traducen ese declive: Ciudadanos en la derecha y Podemos en la izquierda. De hecho, “los partidos [tradicionales] están agotados, son incapaces de asegurar el tratamiento político de lo que está en juego hoy en día, no pueden garantizar la [transmisión] al Estado de nuevas demandas sociales” (p.123). La abstención es otro signo esencial de ese declive. En efecto, los abstencionistas actuales estiman que “no existe una oferta política que los satisfaga” (p.124).

En Francia, en la situación actual, “los riesgos de violencia son grandes, porque el poder político, [que surge] de la elección de Emmanuel Macron, es frágil, su base [electoral] inicial es [estrecha, y] los extremos lo esperan a la vuelta [de le esquina]” (p.126). Por lo cual, “es esencial interrogarse sobre la capacidad de [ese] país a suscitar la existencia de debates y de conflictos institucionalizados, ellos mismos llevados por actores [atraídos] por la búsqueda de respuestas negociadas y discutidas en un espíritu constructivo” (p.126). En el contexto político actual, es preciso “pensar el cambio integrando, a la vez, el estudio del conflicto social y de la violencia, y el análisis político” (p.126).

La dificultad estriba en la predominancia actual del “pensamiento gestor, centralizado (...) y tecnocrático”, en lugar de priorizar “el proyecto de reconstrucción de un espacio político [en torno a] una izquierda y [a] una derecha” (p.127). Ante semejante panorama, según el autor, necesitamos “una vida política que permita a las oposiciones [y] a las divergencias aparecer claramente, en lo que las constituye, de manera que se organicen adecuadamente los debates, [aunque sean] tensos” (p.128). “El vínculo social, la integración, la vitalidad (...) de la República deberían salir fortalecidos (...) del reconocimiento de la centralidad de las relaciones conflictivas en una sociedad” (p.128).

En el quinto y último capítulo, que se interroga sobre las posibles soluciones frente al mal, Wieviorka estima que “no se puede conformar con medidas represivas,



aunque resulten necesarias” (p.130). De hecho, “no se arreglan con la represión los procesos que conducen a la fabricación del racismo, de la violencia y del terrorismo” (p.130). Dada la diversidad de las formas de violencia, no existe una teoría unificada de la violencia, de modo que sea preciso “realizar un esfuerzo para compaginar [las perspectivas] intelectuales *botton up* y *top down*” (p.130). Además, si la institucionalización del conflicto social es la mejor manera de luchar contra la violencia, es obvio reconocer que el sindicalismo está ante todo presente en el mundo del trabajo protegido, mientras que tiene serias dificultades con los precarios y, qué decir, con los desempleados (p.131).

En cuanto a los radicalizados, islamistas entre otros, el autor considera que el intercambio intelectual puede frenar el tránsito hacia la ideologización y es susceptible de evitar el terrorismo (p.132). En ese sentido, “una discusión con intelectuales podría contribuir a desradicalizar ciertos candidatos al yihadismo” (pp.132-133). Pero, ese método no sirve para los más extremistas y los que han llegado a un punto de no retorno (p.133). En ambos casos, no obstante, las operaciones de desradicalización deben ser llevadas a cabo durante un largo periodo. “Deben acompañar los jóvenes desde la discusión inicial hasta su vida [adult], después de su salida de la cárcel, cuando encontrarán un trabajo o fundarán una familia” (p.134).

Frente a las teorías conspirativas, el sociólogo galo considera que “es insuficiente mostrar la falsedad o el carácter absurdo de una teoría conspirativa para hacerla retroceder”, porque ese tipo de teorías, al caracterizarse por cierta paranoia, “implican, en su propia construcción, su no falsabilidad” (p.135). Cuando se demuestra que una conspiración no es tal, se confirma, para el que cree en ella, que se trata efectivamente de una conspiración, como lo ha demostrado Léon Poliakov (1980) en su libro sobre la “causalidad diabólica” (p.135). Pero, esta paranoia no afecta a todos los actores al mismo nivel, de modo que no se puedan combatir las teorías conspirativas en general, sino que sea preciso distinguir los diferentes casos de figura y niveles de avance de las teorías de la conspiración (p.136).

Más allá del esfuerzo realizado para desmentir las teorías conspirativas a través de argumentos racionales, es necesario detener la lógica paranoica “suscitando interrogaciones y debates” (p.136). A su vez, conviene desconfiar de la “psiquiatrización” de los fenómenos sociales, ya que, si la paranoia es una patología individual, las teorías de la conspiración son unos fenómenos colectivos (p.137). De hecho, este último se desarrolla cuando las élites están desconsideradas, especialmente aquellas de las que se espera que digan la verdad y guíen la población (p.137). La falta de consideración afecta sobre todo a los políticos, pero el descrédito concierne igualmente a los periodistas, investigadores e intelectuales (p.137). Por lo cual, las teorías conspirativas se debilitarán cuando el “sistema político se recompondrá y sus actores dejarán de ser descalificados” (p.138).

En materia de laicidad, hoy en día, el reto principal no consiste en separar el Estado y las religiones en general y el Islam en particular, sino en hacer entrar esta religión en la laicidad (p.139). Los partidarios de una laicidad pura y dura, nos dice el autor, se alejan de la ley de 1905 que “insiste en la necesidad de respetar las creencias de cada uno en el espacio público [así como en] la libertad de conciencia y de culto” (p.138). La postura “republicanista” puede incluso propiciar y desencadenar procesos de radicalización islamista, al estigmatizar una religión específica y sus fieles (p.140). De hecho, el yihadismo se nutre de ello, aunque se trate de un fenómeno complejo, diversificado y cambiante, que tiene niveles, territorios y temporalidades diferentes (p.140). A ese respecto, el sistema educativo es susceptible de jugar un papel relevante al propiciar el debate y la discusión sobre estas cuestiones, sabiendo que su finalidad es construir sujetos capaces de razonar, reflexionar y analizar (p.141).

En lo que se refiere a la angustia, “no está necesariamente vinculada a situaciones objetivas de violencia y de inseguridad” (p.144). Pero, existe una angustia [experimentada] por ciudadanos que se han visto afectados, ellos mismos o sus allegados, por la violencia, como un acto terrorista, una inundación [repentina] o un incendio devastador” (p.144). En este caso, no se trata de un sentimiento de inseguridad sino de “una angustia vinculada con el derrumbe de su visión del mundo tras una violencia padecida” (p.144). Estos dos tipos de violencia deben ser regulados por políticas públicas específicas. Así, el sentimiento de inseguridad debe ser tratado, según Wieviorka, aplicando políticas urbanas, de empleo y de salud pública a nivel local, partiendo de las investigaciones realizadas en ciencias sociales y no de los sondeos de opinión. En cuanto a las víctimas de violencia, necesitan ser escuchadas y ayudadas de manera duradera. Se debe propiciar su duelo, es decir su “capacidad para proyectarse en el futuro, además de conservar la memoria viva de la catástrofe (...) que han vivido” (p.145).

En lo que alude a los científicos, el sociólogo francés observa una tendencia a la especialización excesiva de los investigadores en ciencias sociales, lo que no ayuda a participar en los debates de alcance general (p.150). Si un joven investigador realiza una investigación precisa, propondrá uno o varios artículos a revistas especializadas. Al abordar un tema concreto con datos actualizados y correctamente presentados, tiene muchas probabilidades de que estos textos sean aceptados por revistas especializadas cuya difusión es limitada a pesar de su prestigio científico. “Pero, si se trata de publicar un artículo de alcance más amplio (...) en una revista generalista, corre un mayor riesgo de ser rechazado, porque el joven investigador carece de peso, de espesor e incluso de reconocimiento institucional” y social (p.150).

A su vez, si profundiza “su tema especializado y que es reconocido como excelente por un laboratorio o una institución, conseguirá una plaza en la Universidad



o en el CNRS” (p150). El problema es que “el investigador especializado no habrá aprendido a articular su tema preciso con debates generales. [No en vano], además de ser libre, la investigación en ciencias humanas y sociales debería, no solamente servir para producir conocimientos, sino [también para] contribuir a elevar el nivel del debate público” (pp.150-151). En esta óptica, nos dice el autor, los investigadores “deberían estar en contacto con aquellos que actúan y toman decisiones, como los actores políticos, los dirigentes de empresas, administraciones y ONG, los sindicalistas”, etc. (p.151).

De la misma forma, la lucha contra el racismo exige esfuerzos diversificados. “El combate puede llevarse a cabo desde arriba, a partir de las instituciones nacionales [y] supranacionales, haciendo progresar el derecho y su aplicación. Puede pasar por la educación [y es susceptible de] movilizar a actores especializados, a asociaciones o a ONG” (p.151). En esta óptica, la acción afirmativa puede surtir efectos, “siempre y cuando se utilice con cautela”, indica Wieviorka. “Aspira a dar medios adicionales a individuos que [pertenecen] a un grupo sistemáticamente desaventajado para [compensar] su hándicap y tener las mismas oportunidades que los miembros del grupo dominante” (pp.151-152). La implementación de ese tipo de políticas exige la experimentación y la evaluación (p.152).

En cuanto a la ética, Wieviorka la distingue de la moral. La segunda está vinculada con la cultura que la impregna a través de la inculcación de una concepción determinada de la vida social transmitida por la familia, el sistema educativo o los medios de comunicación, mientras que la primera supone situarse por encima de las normas morales, “para intentar definir, en lo absoluto y de manera universal, el carácter positivo o negativo de tal o cual acto o (...) idea” (p.152). Como sociólogo, el autor trata de “analizar y comprender cómo se construye un debate sobre tal o cual reto ético [o cómo] la ética penetra la vida colectiva, invadiendo cada vez más el espacio público y revelando, a su manera, el trabajo de la sociedad sobre sí misma” (p.153). Al situarse a un nivel supra-político, la ética “permite a los actores políticos que hablan de ella no arreglar unos problemas puramente políticos” (p.155). En cambio, la política es susceptible de recuperar la ética para legislar (p.155).

Por último, Wieviorka subraya que la democracia debe propiciar la emergencia del conflicto, “facilitando el debate, escuchando a los investigadores [e] intelectuales, [y] evitando criminalizar a los actores que molestan” (p.157). Pero, “para que unos actores se constituyan conflictivamente, necesitan [recursos]: dinero, redes, una capacidad para hacer oír su vez. A menudo, las asociaciones (...) preocupan al poder (...) o funcionan como [sustitutas del] Estado que las financia (...) para asignarles unas misiones de interés general”, de modo que “el apoyo público al tejido asociativo [sea] vital” (p.158). El desarrollo de una cultura y de un estado de ánimo favorables al conflicto es igualmente

indispensable (p.158). A su vez, “cuando el problema no es tratado (...) por la democracia representativa, conviene facilitar la democracia deliberativa y la democracia participativa” (pp.157-158).

Al término de la lectura del libro *Face au mal. Le conflit sans la violence*, es reseñable el esfuerzo realizado por el autor para pensar, desde la sociología, una categoría analítica propia del pensamiento filosófico y teológico. Además de definir el mal desde las ciencias sociales, lo ilustra a través de realidades empíricas encarnadas por la violencia, el yihadismo, el racismo y el antisemitismo. Al tratarse de sus temas de investigación predilectos a lo largo de las últimas cuatro décadas, hace gala de un conocimiento y de una reflexividad envidiables al respecto. Ante esta situación, propone una solución original que se aleja del llamamiento constante a un fortalecimiento del arsenal represivo, para priorizar la emergencia de conflictos sociales y su institucionalización vía el tratamiento político de las frustraciones y demandas provenientes de la sociedad por mediación de la sociedad civil organizada y de los cuerpos intermedios, aunque los partidos y sindicatos clásicos estén en declive en un sistema sociopolítico en fase de descomposición.

No en vano, y de cara a matizar la valoración positiva que merece esta obra, Wieviorka tiende a sobrevalorar el poder y la capacidad transformadora, tanto de los sociólogos en su relación con los actores que se hallan en el origen del mal, especialmente a través del método de la intervención sociológica teorizada por Alain Touraine en su obra *La voix et le regard* (1978), como de las investigaciones en ciencias sociales, cuando se trata de influir en el debate público y, posteriormente, en las políticas públicas, previa inserción de estas temáticas en las agendas mediática y política. De la misma forma, algunas de las propuestas formuladas por el autor para luchar contra las diversas formas del mal carecen a menudo de concreción al situarse a cierto nivel de generalidad y son, en algunos casos, de sentido común, como, por ejemplo, cuando hace un llamamiento al sistema educativo para que fomente el debate argumentado sobre el yihadismo o el racismo. A su vez, al tratarse de un diálogo entre Meyran y Wieviorka, este último tiende a pasar de una idea a otra sin tomar necesariamente el tiempo de indagar ciertas nociones y teorías. Lo que el libro gana en fluidez y legibilidad, lo pierde en profundidad y sistematización.

A pesar de estas reservas, la lectura de la última obra de uno de los principales sociólogos a nivel mundial es altamente recomendable para abordar las diferentes expresiones del mal y las maneras de luchar contra ellas.



BIBLIOGRAFÍA

- Chesnais, J-C. (1981): *Histoire de la violence en Occident de 1800 à nos jours*. París: Robert Laffont.
- Fourastie, J. (1979): *Les Trente Glorieuses ou la révolution invisible*. París: Fayard.
- Poliakov, L. (1980): *La causalité diabolique: essai sur l'origine des persécutions*. París: Calmann Lévy.
- Touraine, A. (1978): *La voix et le regard*. París: Seuil.
- Touraine, A. et al. (1984): *Le mouvement ouvrier*. París: Fayard.
- Touraine, A. et al. (1981): *Le pays contre l'État, luttes occitanes*. París: Seuil.
- Touraine, A. et al. (1980): *La prophétie antinucléaire*. París: Seuil.
- Touraine, A. et al. (1978): *Lutte étudiante*. París: Seuil.
- Wieviorka, M. (1988): *Sociétés et terrorisme*. París: Fayard.
- Wieviorka, M. (1990): *Le racisme, une introduction*. París: La Découverte.
- Wieviorka, M. (1991): *L'espace du racisme*. París: Seuil.
- Wieviorka, M. (2005): *La tentation antisémite*. París: Robert Laffont.
- Wieviorka, M. (2008a): *L'antisémitisme est-il de retour?* París: Editions Larousse.
- Wieviorka, M. (2008b): *Diversité*. París: Balland.
- Wieviorka, M. et al. (1992): *La France raciste*. París: Seuil.
- Wieviorka, M. et al. (1993): *Racisme et modernité*. París: La Découverte.
- Wieviorka, M. et al. (1994): *Racisme et xénophobie en Europe. Une comparaison internationale*. París: La Découverte.
- Wieviorka, M. et al. (1996): *Une société fragmentée*. París: La Découverte.
- Wieviorka, M. (2001): *La différence culturelle. Une reformulation des débats*. París: Balland.
- Wieviorka, M. y Wolton, D. (1987): *Terrorisme à la Une. Médias, démocratie et terrorisme*. París: Gallimard.